

cuentra empeñado en una expedición militar.» En este ejemplo hallamos la aplicación de tres títulos: rey, dios y toro. Si vemos que entre los Egipcios, hasta en los últimos tiempos de su historia, se deificaba al rey; si el mismo papiro nos muestra á Ramsés II invocando á su padre como un dios, y si vemos á Ramsés mismo llamado «toro vencedor» por los vencidos, ¿podemos dudar que el culto de Apis proviene de hechos de este género en los más remotos tiempos? ¿Podemos dudar que las divinidades bovinas de los Indios, de los Asirios y otros pueblos de la antigüedad tengan igual origen?

Así, dado el error en los títulos metafóricos, que por cierto no escasean en el lenguaje primitivo, el culto de los animales es su consecuencia natural. Los mamíferos, las aves, los reptiles, los peces, dan los sobrenombres; se les encuentra á todos considerados en parte como antepasados; todos adquieren en tal ó cual templo un carácter sagrado que algunas veces llega á la adoración. Así en el caso en que el sobrenombre sea una palabra infamante, como cuando el animal es de una naturaleza más propia para inspirar el menosprecio que el respeto, vemos que la identificación de este animal con el antepasado explica su culto. Los Veddahs, que son ante todo adoradores de sus antepasados, adoran también una tortuga. Aun cuando no se halle entre ellos la razón de este hecho, se encuentra una indicación de él en otra parte. Mr. Bates, durante sus exploraciones á lo largo del río de las Amazonas, tenía dos criados llamados Tortugas; y este sobrenombre procedía de su padre que lo debía á su lentitud. Encontramos aquí el primer paso hácia la formación de una tribu de Tortugas, que tendría una tortuga por antepasado, por totem, por divinidad.

Podemos añadir algunos hechos raros que hallan en esta hipótesis una explicación completa. Me refiero al culto de seres representados como mitad hombres y mitad bestias.

Si en la genealogía de los reyes Achantis del porvenir la tradición conserva la afirmación de que su antepasado era la serpiente venenosa llamada «Bore»; si el hecho de que Bore era un jefe, un legislador, una persona que hablaba un lenguaje articulado, pasa á la posteridad, si la leyenda dice á un tiempo mismo que él era hombre y que era serpiente, ¿qué sucederá probablemente? El salvaje dará una fé completa á todo lo que los ancianos de su tribu le contarán, y aceptará ambas afirmaciones. En unos casos se doblará su resistencia ante esta contradicción; en otros se verá en un compromiso. Sobre todo, si intenta hacer una imagen de este antepasado, sea gráfica, sea escultórica, se

verá obligado á reunir del mejor modo que pueda los caracteres incompatibles de sus dos naturalezas y producirá una figura medio humana y medio reptil. No será razonable poner en duda que, si las historias y los cantos malgachos hablan del vencedor Radama como «de un toro vencedor», de un rey y de un dios, que el desarrollo del culto que de esto resulta, auxiliado por el de las artes plásticas, no acabe por la representación del dios Radama, ya sea como hombre, ya como un toro, ó como un hombre con cabeza de toro, ó como un ser con cuerpo de toro y una cabeza de hombre.

El error sobre los títulos metafóricos puede aun sugerir de otra manera este tipo de divinidad. Se puede suponer que los antepasados que sobreviven en las leyendas bajo nombres de animales, y quienes según estas leyendas habrían tomado por mujeres antepasados que llevarían otros nombres de animales, ó nombres humanos, habrían tenido vástagos que reunieran los atributos de los dos cónyuges. Un pasaje de Bancroft sobre los indígenas de las islas Aleutianas nos muestra el principio de esta creencia.

«Los unos dicen, que al principio, una perra vivía en Unalaska, y que un gran perro fué hácia ella á nado desde Kadiak: de esta unión salió el género humano. Otros, llamando á la perra madre de su raza Mahakh, hablan de un viejo llamado Iraghdadakh, quien vino del Norte á visitar esta Mahakh. El resultado de esta visita fué el nacimiento de dos seres, macho y hembra, en quienes los elementos de ambas naturalezas estaban mezclados de una manera tan extraordinaria, que cada uno de ellos era mitad hombre y mitad zorro.»

Esto supuesto, esta leyenda ó la análoga de los Quichés que hace descender el género humano de una mujer habitante de una caverna y de un perro que podía transformarse en un hermoso mancebo, ó también la leyenda de los Kirghiz Dikokamenni, que pretenden descender «de un galgo rojo y de una reina y sus cuarenta doncellas»; estas leyendas no pueden menos de dar lugar á la idea de que hay dioses compuestos. Los pueblos bastante adelantados para transformar las groseras efigies sepulcrales de sus antepasados en ídolos alojados en sus templos, si tienen tradiciones de este género representarán probablemente á los autores de sus tribus como hombres con cabeza de perro ó como perros con cabeza de hombre.

Esto nos permite comprender el origen de las divinidades híbridas veneradas por un gran número de pueblos civilizados. Los Caldeos y los Babilonios tenían un dios común, Nergal, el hombre-león alado, y Nin, el dios-pep, pep



que llevaba al lado de su cabeza de hombre y cerca de su cola un pié humano. Los Filisteos tenían también su dios Dagon, cuya cara y manos eran humanas y que tenía la cola de un pez. En Asiria, Nino era representado bajo la forma de un hombre-toro alado. En Fenicia, Astarté, era alguna vez representada mitad bajo forma humana y mitad bajo forma bovina. El Egipto poseía un gran número de estos seres sobrenaturales compuestos. Al dios Ammon, se le representaba bajo la forma de un hombre con cabeza de morueco; á Horus, con cabeza de halcón; á la diosa Muth y á Hathor, con cabezas de león y de ternera; á Thoth, con la de ibis; á Typhon, con la de un asno; y finalmente á los demonios con cabeza de animales, sobrado numerosos para ser citados, podemos añadir las esfinges que unen una cabeza de hombre al cuerpo de un león, de un morueco, de un halcón, de una serpiente, etc. Hallamos aun compuestos más complicados, como por ejemplo los animales alados con cabeza de halcón y los cocodrilos alados. Había también un dios llamado Sak que, al decir de Wilkinson, «reunían en su persona una ave, un cuadrúpedo y un vegetal.»

Estas grotescas concepciones que parecían no tener antiguamente explicación posible, pueden explicarse como el producto de un error en la interpretación de los nombres metafóricos llevados por la misma persona. Ya hemos visto que el rey actual de los Achantis recibe como títulos de honor los nombres de león y de serpiente, y nosotros vamos á ver cómo los Egipcios multiplicaban muchas veces estos títulos honoríficos.

Para abreviar en lo posible el final de esta larga exposición, me limitaré á indicar los demás grupos de hechos que apoyan nuestra tesis.

Los Egipcios cuyas costumbres son muy persistentes y entre quienes el culto á los antepasados estaba tan extendido, nos ofrecen todos los resultados de estos defectos de interpretación precisamente tal como lo podíamos esperar. Ellos tenían tribus en las cuales los animales sagrados eran diferentes y trataban á los animales sagrados de las demás como objetos de horror y como enemigos. Este hecho nos indica una época primitiva en la cual estos animales daban sus nombres á los jefes de las tribus enemigas. El hábito de dar nombres de animales, el primitivo uso tal cual nos es indicado por estas costumbres, se ha perpetuado hasta las épocas próximas al fin de su historia. Cuando los reyes de Egipto tuvieron nombres propios continuaron con todo añadiéndoles nombres de animales. Los Egipcios tenían animales sagrados, y algunos nombres de estos animales eran idénticos á los que se les daba como título honorífico. Los Egipcios embalsamaban á los animales como á los hom-





que llevaba al todo de su cuerpo de serpiente y codo de su cola un pié humano. Los Egipcios venían también a los dioses, cuya cabeza y manos eran humanas y que tenía la cola de un serpiente. Ninguno era representado bajo la forma de un animal, pero algunos de los dioses, Anubis, por ejemplo, vez representada como un chacal, y otros como un chacal bajo una forma humana. El Egipto poseía un gran número de dioses que representaban cosas animales. Al dios Ammon, se le representaba como la cabeza de un hombre con el cuerpo de un serpiente, a Horus, con el cuerpo de halcón, a la diosa Isis y a Osiris, con el cuerpo de león y de serpiente, a Thoth, con el de ibis, a Egiptus, con el de un serpiente, y a Ptah con el de un serpiente con cabeza de serpiente, y otros muchos más. Los Egipcios adoraban también a los animales que eran útiles a la agricultura, como el buey, el caballo, el asno, el perro, el gato, el cocodrilo, el halcón, el escorpión, el escarabajo, el caracol, el cordero, el cerdo, el ave, el pez, etc. Había también dioses que eran representados por un animal y un ser humano, como por ejemplo, el dios Anubis, que era representado por un chacal y un ser humano, y el dios Thoth, que era representado por un ibis y un ser humano. Había también dioses que eran representados por un animal y un ser humano, como por ejemplo, el dios Anubis, que era representado por un chacal y un ser humano, y el dios Thoth, que era representado por un ibis y un ser humano.

Estas grotescas concepciones que, a primera vista, parecen una explicación posible, pueden explicarse como defectos de interpretación de los nombres metafóricos. Los Egipcios tenían el hábito de honrar los nombres de león y de serpiente, y nosotros sabemos que los Egipcios multiplicaban muchas veces estos títulos honoríficos.

Para abreviar en lo posible el fin de esta exposición, me limitaré a indicar los demás grupos de hechos que se refieren a esto.

Los Egipcios cuyas costumbres eran tan primitivas y cuyo culto al culto a los antepasados estaba tan extendido, no ignoraban los defectos de estos defectos de interpretación primitivos tal como lo probamos después. Ellos tenían tribus en las cuales los animales sagrados eran diferentes y trataban a los animales sagrados de las demás como objetos de horror y como enemigo. Este hecho nos indica una época primitiva en la cual estos animales daban sus nombres a los jefes de las tribus primitivas. El hábito de dar nombres a los animales, el primitivo uso tal cual nos es conocido por estas costumbres, se ha perpetuado hasta las épocas primitivas de la historia. Cuando los reyes de Egipto llevaban nombres propios continuaron con todo añadiéndoles nombres de animales. Los Egipcios tenían animales sagrados, y algunos nombres de animales eran idénticos a los que se les daba como títulos honoríficos. Los Egipcios embalsamaban a los animales como a los hom-



Ferrer, Harris y C<sup>o</sup> Editores.

Lit. P.<sup>o</sup> Universidad. 7.

EL BUEY APIS.